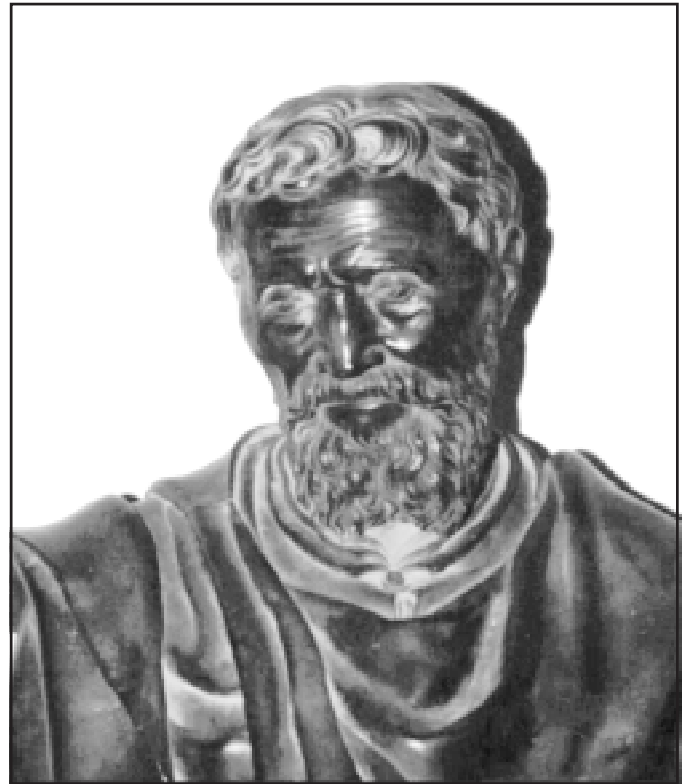


DESCUBRIENDO A MIGUEL ÁNGEL

Francisco González López
Geriatra Clínico. Profesor de Historia de la Medicina
Universidad de Caldas - Manizales

Roma, marzo de 1564. Pico Bruschi, un toscano de apenas veinte años, se aprestaba a cumplir su primera misión secreta, consistente en devolver a Florencia el cadáver de Miguel Ángel Buonarrotti muerto pocos días antes de cumplir los noventa años en la Ciudad Eterna, cuyos ciudadanos se creían con pleno derecho de conservar como suyos los restos mortales del artista; el sigilo exigido para la tarea encomendada por el duque Cosme de Médicis le confería cierta presencia enigmática a pesar de su asombro inocultable en cada uno de los rincones de Roma que cambiaban por momentos como las páginas de un libro de historia: aquí, la isla Tiberina legendaria desde el tercer siglo antes de Cristo, alojamiento primigenio de ancianos enfermos y de huérfanos abandonados; allá, las ruinas del estadio de Domiciano del 27 a.C. sobre las cuales Bernini proyectaba la futura Plaza Navona, más allá, el Panteón de Agripa del 27 a.C. convertido en templo cristiano desde el siglo VII.

Lionardo Buonarrotti, sobrino nieto de Miguel Ángel, encabezaba la delegación florentina enviada presurosamente a Roma bajo la resolución diplomática de asistir a las exequias programadas por el papa Pío IV, pero al interior del pequeño grupo la tarea de Pico se constituía en máxima prioridad; su amistad de siempre con Lionardo, su pasado de ladronzuelo reconocido en el vecindario del Hospedale de huérfanos en la plaza de Santa María Novella, resueltamente oculto por sus finas maneras heredadas de quién sabe qué noble toscano, hacían de Pico el personaje idóneo para cumplir los deseos de todo un pueblo. Sabía que durante su misión no debía mostrar familiaridad con los florentinos y mucho menos establecer cercanías con los ro-



manos; el éxito de su encomienda radicaba en lo disimulado del plan que descartaba de tajo cualquier ayuda de Lionardo.

Al llegar a Roma, el grupo decidió alojarse en un palacete de la vía della Lungaretta, en el barrio del Trastévere. Desde sus balcones Pico pudo contemplar desprevenidamente el Tíber, y reconocer muy pronto el entorno por el cual habría de desenvolverse sin des-

pertar ninguna sospecha. De otro lado, las autoridades romanas guardaban celosamente el paradero del cadáver y los preparativos para los funerales tardarían más de lo acostumbrado, no en vano el muerto era el arquitecto en jefe de la edificación de la basílica de san Pedro, nombrado desde 1546 por el papa Paulo III, cuando Miguel Ángel contaba 71 años.

Si bien Pico Bruschi no era precisamente un experto en arte, conocía a través de su amigo Buonarrotti los proyectos y las obras realizadas por el artista ampliamente detallados en la prolífica correspondencia que mantuvieron tío y sobrino y, que éste, orgullosamente leía a su amigo. Siempre recordaría con tristeza aquella carta de 1534 en la que Miguel Ángel se despedía de su natal Florencia, motivado por los cambios políticos de la ciudad tras la caída de los Médicis con serias amenazas a su propia vida. Tenía 60 años y la certeza de nuevas empresas, siempre bajo la tutela del pontificado; hacía más de 3 décadas había sido llamado por el pueblo de Roma el pintor de la luz, al hacer pública su obra de la bóveda de la capilla Sixtina.

Sin perder un momento, Pico se dio a la tarea de buscar las obras romanas de Miguel Ángel seguro de hallar en ellas alguna pista que lo condujera hasta el lugar dispuesto para el velatorio. En una de las cartas de Leonardo recordó, su tío le describió el proyecto del Campidoglio, en cuyas proximidades se erigiría después el ayuntamiento; de prisa dejó atrás la isla Tiberina y tomando la vía del teatro de Marcello se encontró de frente con la doble escalera monumental del palacio senatorial, y al alcanzar su cúspide, descubrió casi sin aliento en la mitad de la plaza de la colina Capitolina llamada del Campidoglio, la estatua ecuestre del emperador Marco Aurelio, inspiración en bronce del siglo II y cuyo



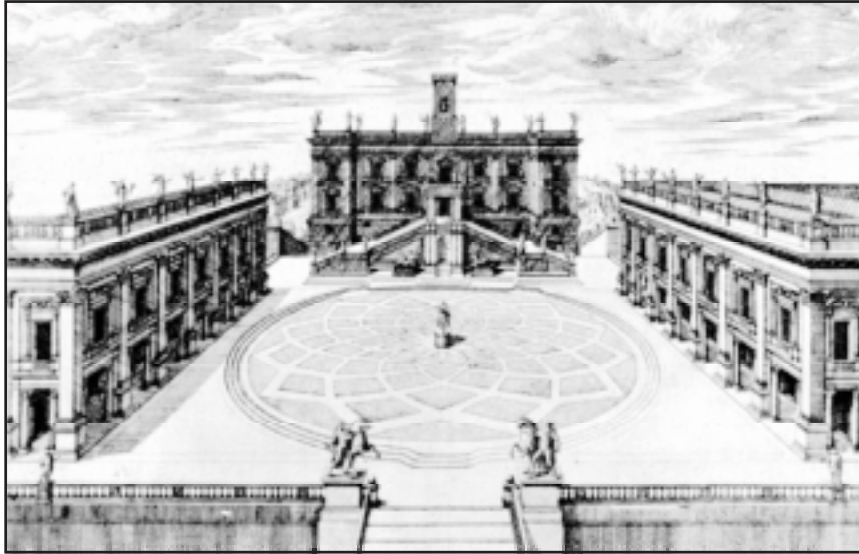
emplazamiento fue concebido por Miguel Ángel; la escalera, la plaza, la base de la estatua y el perímetro formando un conjunto arquitectónico planeado y ejecutado por el artista a los 63 años. Y más, el perímetro de la base de la estatua, detallando una estrella de múltiples líneas confluentes en el

centro, en una brillante alusión a la leyenda de que todos los caminos conducían a Roma, hizo que Pico abandonara de momento sus cálculos de escudriñador y se dedicara a caminar sobre las aristas de la estrella en un viaje que lo retornaba a sus primeros años.

En la arquitectura miguelangelesca Pico vivió de cerca el homenaje al mundo clásico y en la armonía del conjunto lo exaltó la intemporalidad de la belleza, mas presintió que aquel no era el lugar donde se guardaba el cuerpo sin vida del pintor florentino. Sin desfallecer en su primer intento, atravesó de regreso a su albergue el foro romano, seguro de que el espíritu de Miguel Ángel aún se complacía en cada piedra de la vía sacra; a su paso las ruinas del circo Máximo parecían cobrar vida y por un instante escuchó las voces de los espectadores de las carreras de caballos apagadas dos mil años atrás. Antes de atravesar el Tíber se detuvo en la iglesia de Santa María in Cosmedin y la intención de un breve rezo se interrumpió al contemplar la bocca de la verità, lugar donde según la creencia popular eran conducidos los mentirosos que al introducir la mano en la boca del mascarín de piedra serían mordidos; Pico, conciente de su condición, se aterrorizó del destino y emprendió la huida hasta el Trastévere.

Sus compatriotas aún no llegaban y esa ausencia fue cómplice para llevar a cabo sus planes de husmear entre los documentos de Leonardo. Pico reconocía de sobra el paquete de cartas y copias de los contratos que Miguel Ángel enviaba a su sobrino como garante de

sus afectos y de sus obras. En uno de los papeles que sobresalía por su textura y por el escudo vaticano en alto relieve, leyó: "A ti, supremo arquitecto escultor y pintor...de nuestros palacios pontificios, te nombramos familiar nuestro, para que pintes en la pared del altar de nuestra capilla la



historia del **Juicio Final**, asignándote mil doscientos escudos anuales por toda la vida". S.S. Paulo III. Roma. 1535. Esa historia le era familiar, si bien aún no había nacido, conocía el deleite que provocaba entre los florentinos los desplantes diarios que el artista, ya sexagenario, causaba entre la corte papal celosa del lugar que algunos cardenales ocupaban en el fresco. Lo avanzado de la noche romana y la lluvia incesante no impidieron que Pico volviera a salir de la casa con la certeza de que su objetivo estaba muy cercano.

Buscar pistas en las calles romanas era una cosa, pero pretender ingresar a los palacios vaticanos era otra bien diferente. Pico presentía que si tomaba la via delle mura de Aurelio, muralla circundante de la ciudad, su acceso a las obras de San Pedro podía facilitarse ya que intentarlo desde el área dispuesta para la futura plaza sería imposible dado que la vigilancia era mucho más estrecha. Había escuchado recientemente a Lionardo jactarse de la vitalidad de su tío que a los 88 años dirigía personalmente las obras de construcción de la basílica que debería representar el poder de Dios en la tierra; a los 71 años, en sólo 15 días y a un costo de 25 escudos, Miguel Ángel construyó la maqueta de San Pedro, incluida la cúpula, tal y como maravillaría al mundo después de su muerte con las adiciones monumentales de Della Porta, Fontana, Maderno y Bernini. Se destacan el tiempo y el precio del diseño debido a que Antonio da Sangallo primer arquitecto del proyecto, tardó varios años y con gastos que superaron los 4000 escudos en una maqueta irrealizable.

El acceso al palacio del Vaticano no fue difícil, tras burlar la descuidada vigilia de la guardia y haciendo gala de su destreza para saltar alguna que otra tapia, Pico se encontraría en medio de interminables galerías, bibliotecas, archivos y museos que hacían ver minúscula a la Academia Florentina; sólo

guiado por su instinto deambuló incansablemente por espacios sin fin hasta cuando percibió la luz del nuevo día a través de las altas ventanas; con la decisión de abandonar la empresa abrió la puerta que parecía conducirlo al exterior pero en su lugar se vio en medio de una capilla que por alguna razón desconocida le resultaba familiar. De frente y sin dar espacio a ninguna otra contemplación apareció la figura de Cristo Juez rodeado de los santos mártires: san Bartolomé exhibiendo su piel, san Lorenzo sosteniendo la parrilla de su sacrificio, san Andrés portando su cruz y san Pedro con la llave del reino del cielo. Pico Bruschi jamás había soñado con un lugar así, el paraíso, el purgatorio y el infierno en una sola visión plasmada por Miguel Ángel a sus 66 años.

El espanto que le causó la visión del barquero que conducía a los condenados hasta los demonios en la parte más baja del cuadro hizo que su mirada se desviara hacia arriba en una inconciente súplica al cielo, y lo que halló lo dejó sin aliento: Adán tomando la esencia de hombre de la mano de Dios. No era la primera vez que apreciaba ese pasaje, pues Lionardo le había mostrado alguna vez esos bocetos y allí en esa proximidad con la luz en su punto más claro, pudo comprender el comentario de algunos florentinos que veían en el fulgor de Dios la imagen de un cerebro humano. Para aquellos, adeptos a un movimiento filosófico y artístico llamado renacimiento, la razón estaba por encima de la fe, pero Pico creía en lo que ahora veía y, en medio de la Creación y del Juicio Universal, se postró de rodillas y por fin pudo completar una oración. Se percató

de pasos que se acercaban y sigilosamente abandonó el sagrado recinto.

La idea constante de hallar el cuerpo de Miguel Ángel y devolverlo a Florencia copaba todo su pensamiento, pero carecía de una estrategia para ese fin; Lionardo definitivamente lo ignoraba y por instantes Pico sentía que su presencia le incomodaba; ¿dónde encontrar el cadáver?, ¿qué haría para robarlo? Y sobre todo, ¿cómo lo reconocería? Sólo había visto unos retratos pintados al carboncillo por algunos de sus alumnos que poco aportaban a la misión, y la descripción que le adjuntaron los ayudantes del duque Cosme al momento de partir de Florencia era imprecisa: "Estatura mediana, ancho de hombros, delgado pero musculoso; cabello oscuro, cejas poco tupidas, rostro ovalado, frente cuadrada ojos más bien pequeños, labios delgados, el inferior un poco más grueso que el superior y la nariz... definitivamente desfigurada en su juventud por un tal Torriani".

En la comunicación del embajador florentino que daba cuenta del fallecimiento del artista fechada el 18 de febrero de 1564, no aparecían las causas directas de la muerte y apenas relataba sus pobres condiciones de salud a partir de enero de ese año. La delegación toscana fue recibida entre otras personalidades romanas por el médico de Miguel Ángel, el maestro Eraldo, quien con aire de solemnidad informó a Lionardo, seguro de que todos los presentes lo escuchasen sobre los continuos achaques que afligieron al artista durante los últimos meses, incluidos los cambios de ánimo y de apetito, sumados a su enfermedad crónica de *arenillas*, *dolor de ijada* y *pedra*, características de la nefrolitiasis. En



una de las cartas a su sobrino, Miguel Ángel había manifestado sus quejas de dolor cervical crónico y las deformidades progresivas de las manos a partir de 1512, después de permanecer durante años literalmente colgado del techo en el proyecto de la bóveda de la capilla Sixtina:

"Bocio crié viviendo en esta cueva, como gato que bebe en Lombardia, o donde fuere, de una charca fría, y así está mi fachada como nueva. Mi barba mira al cielo, halla muy dura el pescuezo a mi espalda, y el del pecho hueso es arpa sin músico provecho.

En mi cara gotea la pintura; vagan mis

pies, la orientación perdida mientras mi peso a mi trasero abruma; gana mi panza una largura suma, en tanto atrás queda la piel tendida.

Tuerzo mi cuerpo como un arco sirio. Raro fruto saldrá de este delirio en que ojos y cerebro se han bizcado, pues mal puede apuntar quien se desvía"

La voz de Lionardo lo retornó al presente y la noticia que portaba lo dejó perplejo, el Papa había adelantado las exequias de Miguel Ángel para la semana siguiente y sus restos serían depositados en la Iglesia del Santo Apóstol, con el deseo expreso de hacerle construir un monumento funerario particular en la basílica de San Pedro...

Continuará...

Lecturas recomendadas

1. CARVAJAL, Isidoro: Miguel Ángel. Editora Cinco. Bogotá. 1985.

2. CEYSSON, B; BRESC-BAUTIER, G; et al: Sculpture. The triumph of Michelangelo. Taschen. 1987. Köln. 80-89.
3. GRÖMLING, Alexandra. Miguel Ángel Buonarrotti. Vida y Obra. Köneman. Köln. 1999.
4. PECCATORI, S y ZUFFI, S: Miguel Ángel. El desafío del hombre a la materia. Art. Book. Elemond Editori Associatti. Milán. 2000.
5. SANTINI, Loretta. Roma y Vaticano. Plurigraf. Narni. 1988.
6. SUKALE, R; WUNDRAM, M; et al: From the Gothic to neoclassicism. Masterpieces of Western Art. Taschen. 1996. Köln. 166-169.
7. VASARI, Giorgio: Miguel Ángel Buonarrotti, pintor, escultor y arquitecto florentino. Vidas de los más excelentes pintores, escultores y arquitectos. W. M. Jackson INC. Editores. México. 1968. 274-325.
8. VENTURI, Lionello. Italian Painting. Skira. Geneva. 1950.